FEDERICO SCHILLER

FILOSOFIA DE LA HISTORIA

7



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector;

Dr. Nábor Carrillo

Secretario General:

Dr. Efrén C. del Poso

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Director:

Lic. Salvador Asuela

Secretario:

Jtian Hernández Luna

CONSEJO TÉCNICO DE HUMANIDADES

Coordinador:

Dr. Samuel Ramos

Secretario:

Rafael Moreno



EDICIONES FILOSOFÍA Y LETRAS.

Opúsculos preparados por los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras y editados bajo los auspicios del Consejo Técnico de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1. ***Schiller desde México:*** **Prólogo, biografía y recopilación de la Dra. M. O. de Bopp.**

2. **Agostino Gemelli:** ***El psicólogo ante los problemas de la psiquiatría.*** **Traducción y nota del Dr. Oswaldo Robles.**

3. **Gabriel Marcel:** ***Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico.*** **Prólogo y traducción de Luis Villoro.**

4. **Carlos Guillermo Koppe:** ***Cartas a la patria*** **(Dos cartas alemanas sobre el México de 1830). Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina.**

5. **Pablo Xatorp:** ***Kant y la Escuela de Marburgo.*** **Prólogo y traducción de Miguel Bueno.**

6. **Leopoldo Zea:** ***Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica.***

7. **Federico Schiller.** ***Filosofía de la historia.*** **Prólogo, traducción y notas de Juan A. Ortega y Medina.**



FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Printed and made in México
Impreso y hecho en México
por la
Imprenta Universitaria
Bolivia 17 México, D. F.

FEDERICO SCHILLER

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Traducción del alemán, prólogo y notas de

JUAN A. ORTEGA Y MEDINA

MÉXICO, 1956



Al maestro y amigo Edmundo O'Gorman.

PROLOGO

Al final del famoso tratado kantiano sobre la historia, Idea de una historia universal en sentido cosmopolita, *preséntase a la meditación del lector un programa esquemático para llevar a cabo la investigación histórica. Kant, no sin cierta modestia, declara que no es él precisamente, muy poco versado en historia, quien podía realisar este nuevo tipo de investigación en el que se demostrase el progreso de la razón y, por ende, de la libertad humanas: una historia del autodesenvolvimiento espiritual del género humano. Para llevar a buen término tal tarea, prosigue Kant, el nuevo tipo de historiador ha de poseer só-*

lidos conocimientos históricos y ser dueño, fundamentalmente, de una verdadera cabeza filosófica. El nuevo historiador que Kant preconizaba habría de conjugar en sí mismo la erudición y la filosofía. El 26 de mayo de 1789, un discípulo fervoroso de Kant, Federico Schiller, con motivo de su discurso inaugural como profesor de historia en la universidad de Jena, reanudaba el tema que había dejado planteado su maestro y procuraba subrayar ante el juvenil auditorio que ansiosamente le escuchaba las condiciones que, a su juicio y de acuerdo con la idea previa kantiana, habría de reunir el futuro investigador. Toda esa especie de proemio que es la primera parte de su célebre discurso académico (¿A qué se llama y con qué fin se estudia la historia universal?),* *está dedicado a*

*** Este discurso se publicó primeramente en el *"Mercurio"*, en noviembre de 1789. Para nuestra traducción hemos utilizado el volumen 2' de las *"Friedrich Schiller Werke in drei Banden* (Zweiter Band: Gedanke und Gedicht) editadas por Reinhárd Buchwald, Insel**

presentar críticamente los dos tipos contrastantes de historiador: por un lado el investigador rutinario, el mero erudito gana-pan ('Brotgelehrte'), cuya principal tarea consiste en acumular conocimientos y fuentes, y alardear de su mezquino tesoro sin intentar profundizar y conectar los sucesos con la totalidad; por el otro, el historiador poseedor de una clara mente filosófica, interesado en descubrir la armonía en el conjunto y preocupado por encontrar la verdad conectora que enlaza los acontecimientos, y más atento también a la auscultación de los hechos para poder percibir, en el territorio de su actividad historio gráfica, los latidos del proceso o

Verlag, Ausbach, 1952. Como el texto de la conferencia se halla mutilado en dicha edición, tuvimos que recurrir a una edición más antigua, en la que el texto se da completo, la publicada por el famoso editor J. G. Cotta, en Stuttgart y Tubinga, en 1847, en 12 volúmenes (ix-x, pp. 356-379). En nuestra versión señalamos con asteriscos la parte faltante en la edición moderna. Damos desde aquí las gracias a la doctora Marianne O. de Bopp, que hizo posible nuestra consulta de la edición de 1847.

progreso racional que acontece en la historia. Por supuesto Schiller se apresura a declarar que el historiador filósofo tiene que ser tan cuidadoso de su saber como el erudito del suyo; pero constreñido por la propia "miseria de las fuentes" y por los límites recortados y discutibles de la materia histórica, dado que sus extremos superior e inferior no coinciden ni con mucho con los límites de los acontecimien-
ij *tos en la marcha del mundo, Schiller proclama su escepticismo histórico frente a la tradición erudita y comprende que el problema de la* verdad *para una mente ilustrada debe reducirse a la penetración y reflexión filosóficas, al juicio ético, al comentario lógico, x*

Este discurso de Schiller acusa por todos lados la influencia de Kant; pero si bien esta breve disertación académica no puede resistir la comparación con las nueve rigurosas proposiciones de la Idea de una historia universal, *la ventaja del discípulo sobre el maestro se halla, dentro del campo*

ya de la historia, en que aquél actuó gran parte de su vida como historiador profesional, e intentó así interpretar y verificar la filosofía de la historia de Kant •viéndola a la luz experimental de los propios hechos observados y sopesados intelectualmente por el historiador.

Como es sabido, la típica operación iluminista consiste en desembarazarse de Dios a fin de que el hombre quede convertido sola y simplemente en un ente natural racional; el hombre no en cuanto individuo, sino en cuanto género: la "Humanit'dt", digámoslo con el término alemán extraído del francés. El desarrollo de la razón es la máxima finalidad que tiene la historia; el hombre general va, pues, decantando su esencia humana en el discurrir de lo histórico. La historia llega así a ser necesaria, puesto que sólo en ella es donde el hombre puede llevar a cabo su autonomía moral por medio de leyes racionales severas y autoimpuestas. Las ideas de Schiller se mueven también en el campo

de la inmanencia ética, lo cual pone de relieve su típica herencia kantiana; mas la deuda del discípulo respecto al maestro no se limita únicamente al territorio de la ética, sino que también es patente en otras regiones de la filosofía de la historia. La originalidad de Schiller respecto a Kant no es mucha según ya dijimos, se trata más bien de matices historiográficos introducidos gracias a la experiencia profesional. Schiller piensa como Kant que el progreso del hombre depende del hombre mismo; la felicidad que promete la meta no puede alcanzarse desde fuera sino desde dentro, creándoselo todo, fiándose únicamente de la actividad de la propia razón. Las acciones concatenadas de los hombres constituyen para Schiller al igual que para Kant la materia de la historia; acciones engarzadas para formar con ellas una totalidad racional, una armonía coherente; para ser entendidas en conjunto, para ser vistas desde fuera, como un espectáculo, como un fenómeno. Es decir, que tales ac-

dones están determinadas de acuerdo con las leyes de la naturaleza, a saber, por la relación existente entre causa y efecto. Schiller, fundado en lo que él llama la invariable unidad y regularidad de las leyes naturales y del carácter humano, postulará un método analógico para iluminar desde el presente el pasado; actitud que ya no es propiamente la de un estricto ilustrado, sino más bien la de un prerromántico que se lanza sobre los hechos pretéritos y los siente como propios gracias a las conclusiones obtenidas por experiencia en el presente. Ahora bien, el juicio sobre la Edad Media es, según se sabe, la piedra de toque para distinguir al historiador ilustrado del romántico. Schiller, en su opúsculo Sobre la migración de los pueblos, las cruzadas y la Edad Media, *saca a relucir su espíritu ahistórico de hombre iluminista al juzgarla como una edad sin ley, pero ya para él llena de sentido; un sentido que solamente podía proporcionarle y que únicamente podía venirle desde su contemporaneidad, la*

del propio historiador. Así, pues, esta actitud comprensiva schilleriana se hace patente, a nuestro modo de ver, como un avance romántico para interpretar el pasado desde el presente, y no ya, como fué típico en los ilustrados representativos, una mera interpretación del presente desdeñando el pasado o cuando menos interesándose tan sólo por el más inmediato. El modelo de Schiller es Gibbon, pero con esta radical diferencia: en el primero ya se dan atisbos de comprensión medieval.

La tarea del historiador es explicar el espectáculo de la historia; los fenómenos que estudia el historiador revelan, dicho sea metafóricamente, como quería Kant, un a priori, un supuesto plan en la naturaleza. Por de pronto Schiller no se para a explicar el funcionamiento de éste ni las condiciones de posibilidad del mismo; acepta simplemente la hipótesis del maestro y está de acuerdo en que los individuos, los hombres, sin darse cuenta, ejecutan y siguen dicho plan, el que la naturaleza le

impone a la historia, con lo cual las leyes históricas no son sino las normas de semejante plan. Por consiguiente, llevando a cabo el hombre lo particular y contingente realiza lo normativo y regular, lo trascendental; de aquí que pueda ejemplificar Schiller —su concordancia con Kant en este caso es total— y escribir lo siguiente: "Lo que oculta la represensiva conciencia de un Gregorio [IX] y de un Cromwell, se apresura la historia a ofrecerlo a la humanidad: que el egoísta hombre puede ciertamente perseguir viles propósitos, pero que favorece involuntariamente excelentes designios." En suma, el hombre cree estar actuando libremente, mas lo que lleva a cabo es el plan racional que la naturaleza le impone a la historia; en otras palabras, el hombre ayer como hoy busca salvarse, y como ya no puede hacerlo por la vía de la trascendencia, intentará escapar a su destino por el camino de la inmanencia. Este supuesto plan o proceso de salvación tiene por meta, naturalmente, la realización plé-

naria del hombre, el desarrollo de su libertad moral. A lo largo del curso de la historia se va realizando la esencia del hombre, su razón. Pero si esta meta implica forzosamente para Kant un sentido futurista de la historia, en el que por fuerza resulta menoscabado el presente —una menos *historia—, para Schiller en cambio significa la comprensión del presente, su presente, el que constituye esencialmente el* patrimonio *racional. El plan de Schiller finiquita con la reflexión filosófica sobre un presente de máxima significación y perfeccionamiento éticos; todos,los procesos históricos que analiza Schiller en este discurso vienen a mostrarnos, un tanto panglossianamente, el carácter de un presente monódico, el mejor indudablemente de todos los posibles, al que han contribuido todas las generaciones pasadas y en el que ya no quedan sino unas cuantas muestras, muy pocas ciertamente, de la pasada barbarie, de irracionalidad.*

La historia se ocupa de iluminar aquellos hechos en que culmina el presente; mas el estudio de la historia, al resumir el pasado para reflexionar filosóficamente sobre él, se adelanta asimismo al lejano porvenir en sus conclusiones. La tarea del historiador consistirá en alumbrar en la corriente de la marcha del mundo aquellos hechos que sirvan para explicar causalmente la marcha de la historia universal, que culmina esencialmente en lo actual y propio. La tarea principal de Schiller en cuanto historiador, será, a diferencia del punto de vista futurista kantiano, mostrar cómo ha cobrado existencia el presente; y aquí cabría estampar el famoso aforismo de Schiller: "La historia universal es la historia del juicio último."

En Schiller, que sigue aquí fielmente a Kant, la historia se mueve o automueve merced a un proceso interno de opuestos; se trata de alcanzar no ya sólo los fines políticos (Estado universal y Constitución cosmopolita perfecta) como quiere Kant,

sino también los culturales, por medio de los daños que produce la insociabilidad; la necesidad y lo irracional aseguran el desenvolvimiento de la historia del cosmos racional; la ignorancia, la pasión, la codicia, la ambición, la perversidad y el egoísmo son los medios para lograr la felicidad racional de la especie, su mejoramiento moral. Con todo, Schiller no acusa tanto el pesimismo cultural que le provocaba a Kant el espectáculo enloquecedor que para él era la historia. Kant se aseguraba la marcha hacia el futuro de perfeccionamiento ético máximo mediante un mecanismo teleológico alimentado y movido por la irracionalidad; Schiller, en cambio, aposentado en el paraíso leibniziano ya disponible —su presente—, no nos explica cómo va a asegurarse el movimiento en lo porvenir, supuesto que ya quedaban solamente unos cuantos restos de barbarie impulsora. Sin embargo, Schiller saldrá de este atasco y sobre todo del representado por el inexplicable a priori del plan kantiano.

La historia posee para Schiller un sentido pragmático-estético; el mecanismo es dialéctico, síntesis entre lo irracional y lo racional, entre la contingencia del mero acaecer y el desarrollo del plan racional. Esta síntesis es dialéctica, va, pues, más allá de la simple y muy cuestionable conexión kantiana entre el plan y la naturaleza humana. Este proceso es desenvuelto por Schiller en su ensayo intitulado "Algo sobre la primera sociedad humana según el documento mosaico": *al estadio de la inocencia (tesis) sigue el de perversión (antítesis), y a éste un tercer estadio adecuado a la verdadera naturaleza racional humana (síntesis). En este opúsculo logra Schiller situarse, por un lado, en el punto de enlace con Rousseau y Herder; por el otro con Fichte (explicación conceptual, lógico-dialéctica del presente) y aun con Hegel. Asimismo, en este estudio intentará conciliar la idea de progreso típica de la Ilustración con el pesimismo cultural rousseauniano.*

Pero volviendo al plan kantiano que se presupone en la naturaleza, hay que convenir que se trata precisamente de eso, de una suposición; de la reducción de la historia a un concepto, de un a priori necesario para llegar a entender el proceso. Ahora bien, en esta concepción kantiana futurista de la historia, el presente, por decirlo así, se esfuma, queda sin explicación. Pero, según vimos, a Schiller lo que le interesaba era el presente: ¿cómo, pues, intentar al menos salir del callejón sin salida kantiano? Schiller intentó hacerlo en la dirección conceptual que después alcanzó plenamente Fichte (1806). Según lo vemos, se trata del proceso dialéctico de un concepto: la razón observa los acontecimientos y a priori establece entre ellos la relación de causa a efecto, de antes y después (tesis), pero la realidad se resiste a ser explicada y tratada tan fácilmente (antítesis); la razón no tiene, pues, otra salida sino sacar de sí esta relación y proyectarla como un plan teleológico en la

marcha del mundo y de la historia (síntesis). Más o menos con estas palabras intenta Schiller explicar el movimiento; es decir, por la contradicción entre el logos y la estofa histórica, contradicción u oposición mediante la cual se va tejiendo el encaje de la historia.

Todo este discurso, si bien se mira, es el último canto del cisne ilustrado e idealista de la razón histórica. Mientras pronunciaba tranquilamente Schiller su razonable y confiada plática, en Francia los Estados Generales reunidos en Versalles el 5 de mayo de aquel mismo año, forcejeaban hasta dar paso a las dramáticas decisiones del 17 y 20 de junio. La Revolución Francesa y los sangrientos acontecimientos mundiales inmediatos a ella, pusieron en crisis la iluminada serenidad y confianza de filósofos e historiadores en el progreso moral ilimitado de la razón humana; acaso, pues, la conciencia de la quiebra espiritual de entonces haya obligado a los editores alemanes de hoy a suprimir justa-

mente la parte ejemplificadora del discurso optimista de Schiller, en donde éste no solamente expresa su entusiasmo, sino que se atreve incluso a levantar el velo que ociútaba aquel venturoso porvenir, en el que las naciones vecinas y hermanas ya no era de esperar que se desgarrasen . . .

Juan A. Ortega y Medina.

¿A QUE SE LLAMA Y CON QUE FIN SE ESTUDIA LA HISTORIA UNIVERSAL?

(UN DISCURSO ACADÉMICO INAUGURAL)

Honroso y placentero es para mí, honorables señores, el encargo de recorrer a vuestro lado un campo en el que tanta materia de enseñanza se ofrece a la meditante contemplación, que procura al diligente hombre de mundo un tal dechado de espléndida imitación, que abre al filósofo tan importantes ideas y luces y que establece indistintamente tantos veneros del más noble deleite: el campo vastísimo de la historia universal. El espectáculo que

presentan tantos brillantes jóvenes a los cuales un noble afán de saber ha congregado aquí en torno mío, y entre quienes florece ya más de un poderoso genio para el tiempo por venir, me hace sentir muy grato mi deber, pero me hace asimismo experimentar intensamente la gravedad y la austeridad de éste. Cuanto mayor es el don que os tengo de ofrecer —¿y qué mayor regalo ha de otorgar el hombre a los hombres que la verdad?—, tanto más debo tener cuidado para que el valor del mismo no desmerezca entre mis manos. Cuanto más vivaz y puramente actúa vuestro espíritu en esta etapa de la vida que es la más propicia y feliz para vuestra auténtica actuación, y cuanto más rápidamente se inflaman vuestros sentimientos juveniles, tanto más intimidado al cabo me encuentro, pues debo evitar que este entusiasmo mío, que la verdad sola tiene el privilegio de despertar, en engaño e ilusión no se disipe y prodigue inútilmente.

Fecundo y excesivamente amplio es el territorio que abarca la historia; dentro de su círculo se halla todo el mundo moral. La historia ha acompañado al hombre a lo largo de todas las situaciones que ha vivido, a lo largo de todas las mudables formas de opinión, al través de su locura y de su prudencia, de su empeoramiento y de su perfección; de todo aquello que el hombre se ha apropiado así como de todo lo que éste le ha aportado, tiene ella que rendir cuentas. No hay ninguno entre todos vosotros a quien la historia no tenga algo importante que decir; más aún, todos los diversos caminos de vuestro futuro destino se enlazan en alguna parte con ella; empero un destino común comparten además todos de parecida manera, el que conllevan como hombres por el mundo —perfeccionarse en cuanto tales—, y para el hombre habla precisamente la historia.

Sin embargo, honorables señores, antes de que pueda tomar tal empresa a mi cargo, con objeto de poder determinar

más exactamente vuestras esperanzas respecto a los propósitos de vuestro empeño, e indicar la dependencia en que éste se encuentra en relación con la verdadera finalidad de vuestros estudios, no será superfluo para mí llegar antes a un acuerdo con vosotros *sobre esta finalidad de vuestros estudios.* Un ajuste previo de este problema, que me parece lo suficientemente apropiado para dar comienzo a nuestra próxima reunión académica, me pondrá en condiciones de poder dirigir inmediatamente vuestra atención hacia el lado más estimable de la historia universal.

Distinto es el plan de estudios que el erudito gana-pan se forja, del que delinea la cabeza filosófica. Aquel a quien únicamente le importa su actividad, y cuyo quehacer consiste sola y exclusivamente en esto, en cumplir con las cláusulas, entre las cuales se encuentra la de cubrir una plaza adecuada y sacar provecho de la misma, y que por este motivo únicamente pone en movimiento las fuerzas de su espíritu

a fin de mejorar por este medio su situación material y satisfacer de paso su mezquina sed de gloria, no dará entrada en su carrera académica a otras ocupaciones más importantes salvo a las de la ciencia, a las cuales llama actividades o estudios de panganar, a fin de apartar de sí del modo más escrupuloso todos los demás que al espíritu sólo como a espíritu distraen. El mínimo tiempo que de su profesión dedicase a estos últimos creería estar hurtándolo a su futuro ejercicio, y de este robo jamás se perdonaría a sí mismo. Organizará toda su actividad de acuerdo con los adelantos que le sean impuestos por los futuros jefes de su destino, y creerá haberlo hecho todo cuando haya sido capaz de no temerle a esta instancia. Una vez que ha alcanzado el objetivo deseado y ha recorrido su curso, se libera de • sus guiaderas; pues ¿ qué objeto tendría, fuera de éste, molestarse todavía con ellas? Su mayor negocio será entonces alardear del amontonado tesoro que carga en la memoria, y prevenirse

para que ésta no pierda mérito. Cada ampliación de su ciencia de gana-pan le desasosiega, porque le remite a un nuevo trabajo o porque le hace lo pasado inútil; cualquier importante innovación le asusta, pues rompe la rancia forma escolar que a él en lo particular le fué tan penosa, y lo pone en peligro de perder todo el trabajo realizado hasta entonces. ¿Quién ha escrito más sobre los hombres reformistas que el montón de los sabios gana-panes ? ¿ Quiénes sino ellos precisamente impiden más el progreso de las provechosas revoluciones en el reino del saber ? Toda luz que en cualquier saber es encendida por un genio afortunado, hace visible la insuficiencia del sabio gana-pan; de aquí que tales sabios peleen henchidos de resentimiento, de malicia, de astucia, y luchen con desesperación, con desconsuelo y despecho, porque con el sistema escolar que defienden pugnan al mismo tiempo por su total supervivencia. No hay, por consiguiente, enemigo más implacable e irreconciliable, no hay

meritorio más envidioso ni más solicito disidente que el sabio gana-pan. Cuanto menos le recompensa por sí mismo su saber, tanta más remuneración y mayor reconocimiento exige de fuera; para juzgar el mérito del artesano y para opinar del mérito del ingenio, tiene solamente una medida : el trabajo. Por eso a nadie se le oye quejarse más de ingratitud que al culto gana-pan; no intenta buscar su paga en el tesoro de sus ideas, sino que espera el salario del reconocimiento ajeno, de los cargos honoríficos y de la colocación. Esto es lo que le hace fracasar, ¿y quién, pues, más desgraciado que él? En vano se ha desvivido, se ha desvelado y ha trabajado; considera haberse interesado inútilmente por la verdad, si la búsqueda de ésta no se le trueca en oro, en alabanza periodística, en favor del príncipe.

¡ Deplorable hombre que, con las herramientas más nobles, la ciencia y el arte, a nada más elevado aspira y a ninguna otra máxima altura tiene la intención de llegar

sino al salario de cada día, por demás ruin! ¡Desgraciado hombre que, bajo el imperio de la más cumplida libertad, carga consigo un alma esclava!

Todavía más deplorable resulta, con todo, el joven de genio cuya hermosa marcha natural es desviada hacia este triste descarrío por dañinos maestros y modelos, y que se ha dejado persuadir y atiborrar para su futura profesión con semejante pobre acribia; en él se despertarán anhelos que ya no podrán ser satisfechos, y su genio acabará por rebelarse contra su triste suerte. Cuan mezquino le parece ahora todo lo que hace; no ve en sus obras ninguna finalidad y, por tanto, no puede soportar la inutilidad de éstas. Le oprimen la fatiga y la nula significación de sus tareas, porque no puede oponerles el ánimo jovial que sólo acompaña a la razón serena, que únicamente va con la perfección vislumbrada. Se siente amputado, arrancado de toda conexión con las cosas, puesto que ha dejado de entrelazar su actividad con la vasta

totalidad del mundo. Tan pronto como el destello de una mejor cultura alumbra y descubre la desnudez del jurisconsulto, comienza a dolerle a éste su ciencia jurídica, en lugar de que dicha luz le llevara a mejorar la insuficiencia de su plenitud interior y le obligara a ser un nuevo creador de la cultura. El médico se evade de su profesión luego que importantes fracasos le muestran la incertidumbre de su sistema ; el teólogo pierde la estimación que tenía por lo suyo tan pronto como se le tambalea la creencia que había depositado en la infabilidad de su teología.

¡ De qué modo tan distinto procede la cabeza filosófica! Al contrario del sabio gana-pan, que se empeña en separar y aislar su ciencia de todo lo demás, la mente filosófica, que no es menos cuidadosa de su saber que el erudito del suyo, se esfuerza por ensanchar su territorio y por *restablecer* nuevamente la conexión con todo el resto (y digo restablecer porque solamente el intelecto es el que ha establecido

los límites y ha separado las ciencias). Allí donde el sabio gana-pan separa, el espíritu filosófico une. Muy pronto cayó en la cuenta de que en la región del entendimiento así como en la del mundo físico todo está entrecruzado, y de que su activa propensión a la armonía no podía compadecerse ni satisfacerse con fragmentos. Todos sus esfuerzos se encaminan al perfeccionamiento de su saber; su noble impaciencia no puede descansar hasta no quedar él situado en el centro mismo de su arte, de su ciencia, y poder examinar desde dicho punto central, con satisfecha mirada, todo el territorio en torno. Los nuevos descubrimientos que se llevan a cabo en el círculo de su actividad y que abaten al erudito gana-pan, exaltan al espíritu filosófico. Tales descubrimientos acaso rellenen el hueco que todavía había desfigurado la floreciente totalidad de su concepción, o aportarán quizás la clave que le faltaba para redondear y dar cima al cuerpo de sus

ideas; pero si tales descubrimientos hubieran de quebrantar su concepción, por irrupción de un nuevo curso, de una nueva serie de ideas, la cabeza filosófica no titubearía en demoler toda la obra en que sustenta su ciencia: *el espíritu filosófico ha amado siempre más a la verdad que a su sistema,* y de buen grado permutará la antigua forma defectuosa por otra más bella y nueva. Todavía más, aun cuando ninguna acción o cambio exterior conmueva su sistema de ideas, está obligado a la perfección gracias a un eterno y poderoso impulso; de esta suerte el propio espíritu filosófico será el primero que, insatisfecho con su doctrina, se separará de ella para poder así reformarla más nueva y cabalmente. El espíritu filosófico avanza constantemente hacia hermosas y siempre más recientes formas de pensamiento, a las más exquisitas y elevadas excelencias se remonta; en tanto, el sabio gana-pan, víctima del eterno estancamiento de su espíritu, con-

serva siempre la infructuosa uniformidad y monotonía de sus nociones escolares.

No hay crítico más equitativo para el mérito ajeno que el espíritu filosófico. Así como es bastante ingenioso y perspicaz para sacar provecho de cualquier actividad, así resulta también bastante justo para honrar al autor del detalle más nimio. Para él trabajan todos los ingenios; todos en cambio lo hacen contra el erudito de panganar. Aquél está al tanto de todo lo que acontece y de todo lo que dentro de su dominio se piensa transformar (entre las cabezas pensantes lo que importa es lá íntima comunión de todos los bienes del espíritu; lo que una de ellas adquiere en el imperio de la verdad lo gana para todas las demás) ; éste se precave y amuralla contra todos sus vecinos, a los cuales mira con ojos de codicia y a quienes envidia la luz y el sol, y vigila con cuidado los derruidos muros que sólo le defienden débilmente contra la razón victoriosa. Para to-

do lo que emprende tiene el sabio gana-pan que pedir de fuera, de los otros, el incentivo y la recompensa; en cambio el ingenio filosófico halla el premio y el estímulo en su actividad misma. No importa cuan entusiastamente pueda ensimismarse en su obra ni cuan vivo sea su fervor; tampoco importa cuan perseverantes sean su actividad y su ánimo, porque en él la labor se satisface con la labor misma. Bajo su mano creadora incluso lo pequeño gana en grandeza, puesto que él siempre tiene ante la vista lo grande, a cuyo servicio se encuentra; en oposición con esto, el docto gana-pan en lo grande sólo ve propiamentg,Jo pequeño. Lo que distingue al genio filosófico no es lo que hace, sino cómo lo hace; no lo que maneja, sino cómo lo maneja. Dondequiera esté y actúe, se situará siempre en el centro de la totalidad; en la misma proporción en que se aleja de sus compañeros persiguiendo el objetivo al que le impele su actividad, se acerca a ellos y

se interesa en sus cosas gracias a un operante y armónico entendimiento: los encontrará allí donde todas las claras inteligencias concurren.

¿Tendré que llevar todavía más adelante esta exposición, honorables señores, o puedo ya esperar que haya sido más que suficiente para determinaros a elegir modelo entre una y otra pintura de las dos que he presentado en el cuadro? De la elección que llevéis a cabo dependerá que el estudio de la historia universal pueda seros recomendado o dispensado. Con la segunda solamente tengo que ver, porque en el esfuerzo que se realizara para hacer provechosa la decisión primera podría la ciencia misma sobrepasar su elevado objetivo'final, y ello equivaldría entonces a obtener una exigua ganancia mediante un sacrificio excesivo.

De acuerdo con vuestro punto de vista, según el cual se ha de decidir sobre el valor de una ciencia, en el tema que corresponde a la lectura de hoy me podré aproxi-

mar a la propia idea de la historia universal.

* Los descubrimientos que nuestros navegantes europeos han realizado por lejanos mares y costas remotas, nos proporcionan justamente un ejemplo tan instructivo cuanto ameno. Pues estos descubrimientos presentan en torno a nosotros diversas tribus o pueblos, los cuales han sido clasificados según los más variados grados de civilización; tales tribus vienen a ser como niños de distintas edades que estuvieran alrededor de un adulto, el cual recordase a la vista de ellos lo que él mismo había sido antes y, por consiguiente, lo que había efectivamente realizado y llegado a ser. Parece como si una sabia mano nos hubiera reservado estas bárbaras tribus, para que pudiéramos contemplarlas a partir del momento en que nuestra propia cul-

* A partir de aqui y hasta donde el lector encuentre el próximo asterisco, se halla la versión ejemplificadora omitida en el texto moderno. (Véase la nota de nuestro prólogo.)

tura había avanzado y madurado lo suficiente, de suerte que pudiéramos extraer un provechoso empleo para nosotros mismos y pudiésemos asimismo restablecer nuevamente, gracias a estos ejemplos, el perdido origen de nuestra sociedad. Pero ¡qué vergonzosa y triste es la imagen que nos proporcionan estos pueblos de nuestra infancia, pese a que el peldaño en el que se encuentran y sobre el cual los vemos no es, ni con mucho, el que corresponde al primer escalón de la civilización! El hombre comenzó todavía más abyectamente. Nos encontramos ahora con tribus constituidas ya en pueblos, en cuerpos políticos; mas para que el hombre pudiese erigir una sociedad política, tuvo que realizar primeramente esfuerzos extraordinarios.

¿Qué es lo que nos cuentan ahora los escritores-viajeros acerca de estos cuadros humanos? Unos cuantos los hallan sin el conocimiento de las artes más necesarias, sin el hierro, sin el arado; algunos otros hasta sin la posesión del fuego. Más de

un viajero los sitúa al mismo nivel de los animales salvajes por lo que toca a la alimentación y a la vivienda; para otros muchos el lenguaje apenas si se eleva por sobre los sonidos animales a una comprensible lengua. Ni siquiera existía ese tan sencillo vínculo que es el matrimonio; no había ni la más ligera noción de propiedad. La remisa mente ni aun podía conservar en la memoria una especie de experiencia, pese a las que repetía cada día; sin el menor cuidado dejaba el hombre a los animales salvajes la guarida en la que hoy durmiera, porque no se le ocurría que mañana tendría que dormir de nuevo. En cambio la guerra era de todos contra todos, y la carne de los enemigos vencidos no pocas veces era el premio de la victoria. Otras tribus, más familiarizadas ya con las comodidades de la vida, mostraban el elevado rango de civilización que habían alcanzado presentando una forma horrorosa de esclavitud y> de despotismo. Aquí se veía a un déspota africano trocar sus súb-

ditos por un trago de aguardiente; allí degollaban a los subditos de otro sobre la fosa para que le sirvieran en el mundo subterráneo; acá la devota candidez se postraba ante un ridículo fetiche; allá se arrodillaban ante una horrible estantigua: el hombre se pinta en sus dioses. Tan profundamente le hunden y le pesan allá la esclavitud, la necedad y la superstición, como acullá le agobian mediante el otro extremo de la anárquica libertad, que así de mezquino era el hombre. Siempre dispuesto al ataque y a la defensa, el salvaje se espanta ante cualquier ruido y endereza sus temerosas orejas hacia la soledad; llama enemigo a todo lo que es nuevo para él, y ¡ay del extranjero a quien la tempestad arroje a sus costas! No verá a lo lejos humear ningún hospitalario hogar, ninguna dulce hospitalidad le servirá de alegría. Pero incluso allí mismo donde un hostil aislamiento obliga al hombre a elevarse y constituirse en sociedad y a pasar de la indigencia a la vida regalada, del temor a-la

alegría, ¡cuan extravagante y monstruoso se presenta a nuestros ojos! Su zafio gusto busca la alegría en el atolondramiento, la belleza en la caricatura, la celebridad en la exageración; su virtud nos provoca incluso horror, y lo que denomina su felicidad únicamente puede suscitarnos repugnancia o compasión.

Así fuimos nosotros. No mucho mejores nos encontraron César y Tácito hace dieciocho siglos.

¿Qué somos ahora? Permitidme que por un momento me detenga en el siglo en el cual vivimos, junto a la forma presente del mundo que habitarnos:

La actividad humana ha cultivado los campos y ha vencido con perseverancia y talento a la resistente tierra. Por aquí le ha ganado terreno al mar; por allí le ha dado agua a la tierra sedienta. El hombre ha entremezclado zonas y estaciones y ha aclimatado las delicadas plantas del Oriente al áspero cielo occidental. Del mismo modo que transportó la Europa a las In-

dias Occidentales y a los mares del Sur, se ha permitido hacer resurgir el Asia en Europa. Un cielo sereno ríe ahora sobre los bosques germanos, a los cuales hizo pedazos en tal forma la fuerte mano del hombre, que los rayos del sol se abrieron paso y permitieron que sobre las ondas del Rhin se reflejen actualmente las vides del Asia. A orillas de este río se levantan populosas ciudades y bullen por doquier en alegre animación el trabajo y el provecho. Aquí encontramos al hombre en plena y pacífica posesión de sus ganancias, seguro entre un millón de personas y sin -que un solo vecino le quite el sueño. La igualdad que perdió por su ingreso en la sociedad la ha reganado por medio de sabias leyes. Ha dejado las ciegas fuerzas de la. fortuna y la necesidad para acogerse al muelle dominio del pacto; ha abandonado la libertad del animal carnicero para poner a salvo la noble libertad del hombre. Sus cuidados se han repartido y sus actividades dividido de un modo beneficioso para él. La impe-

riosa necesidad que le impone la reja del arado ya no le fuerza a abandonar la patria y el hogar; por causa y gracia del arado ya no le reta ningún enemigo al campo de batalla. Con los brazos del campesino hinche el hombre sus trojes, y con las armas del guerrero protege su territorio. La ley vela su propiedad, y el inestimable derecho le insta por sí mismo a no apartarse de su deber.

¡Cuántas creaciones del arte, cuántos prodigios de la acción, cuánta luz en todos los campos del saber desde que el hombre no tuvo ya que gastar inútilmente sus fuerzas en aflictiva autodefensa, desde que se resignó con gusto a tener que avenirse con la necesidad, de la que nunca podrá escapar, y desde que consiguió el precioso privilegio de ordenar con libertad su capacidad y seguir el llamado de su genio! ¡Cuánta animada actividad por todas partes luego que los múltiples anhelos dieron nuevas alas al talento y abrieron nuevos espacios a la aplicación! Las barreras que separaban

con hostiles egoísmos a los Estados y naciones, son derruidas. Todas las cabezas pensantes están ahora ligadas por un vínculo cosmopolita, y toda la luz de su siglo puede iluminar actualmente el genio de un nuevo Galileo y el ingenio de un nuevo Erasmo.

Desde que las leyes descendieron al nivel de las flaquezas del hombre, éste afrontó también las leyes. Con ellas ha llegado a ser más pacífico, pero también con ellas se ha embrutecido muchas veces; los bárbaros castigos que siguen a sus bárbaros crímenes poco a poco van cayendo en el olvido. Un gran paso se ha dado en el camino de la perfección: que las leyes sean virtuosas aunque no lo sean todavía los hombres. En donde por causa del hombre se aflojan y ceden los forzosos deberes, las costumbres intervienen. Al que no le aterra ningún castigo ni le refrena su conciencia, le tienen ahora a raya las leyes de la decencia y del honor.

Cierto es asimismo que en nuestra época quedan aún algunos de los bárbaros y violentos residuos del pasado, criaturas del azar y de la violencia que la era de la razón no debería eternizar. Pero ¡cuánto provecho ha sacado también la inteligencia del hombre de esta bárbara herencia de los siglos antiguos y medios! ¡Qué necia así como inútil y frecuentemente ha llevado a cabo el hombre lo que no podía ni aventurarse a derribar! Sobre el suelo rudo de la anarquía feudal, construyó Alemania el sistema de su libertad política y religiosa. La sombra de los emperadores romanos, la que se conserva aquende los Apeninos, rinde ahora infinitamente más beneficios al mundo que su tímido original en la antigua Roma, pues mientras éste comprimió las más eficaces fuerzas de la humanidad en una deprimente uniformidad esclavista, aquélla mantiene reunidos los estados en un provechoso sistema por medio de la unión y de la concordia. Cosa parecida ocurrió con nuestra religión (tan

desfigurada como está por las infieles manos a través de las cuales nos ha sido trasmitida). ¿Quién tan ignorante para no percibir en ella el ennoblecedor influjo de la mejor filosofía? Nuestros Leibnitz y Locke han hecho por el dogma y por la moral del cristianismo, tanto y tan justa y meritoriamente como lo que hicieron los pinceles de un Rafael y de un Correggio por la historia sacra.

Finalmente nuestros Estados, ¡con qué arte, con qué cordialidad están entrelazados unos y otros! ¿ No se encuentran en la actualidad más duraderamente unidos gracias a la benéfica fuerza de la necesidad, que antes cuando lo estaban y se hermanaban por medio de los más solemnes tratados? A la paz vela hoy día una eterna y recia guerra, y el egoísmo de un Estado se halla en guardia vigilando y preservando la prosperidad de los otros. El conjunto de las naciones europeas parece haberse transformado en una gran familia. Los

convecinos pueden enemistarse, pero ya no es de esperar que se desgarren.

¡Qué cuadro tan distinto! ¿Quién podría conjeturar, viendo a los refinados europeos del siglo xvin, que fueran únicamente adelantados hermanos de los indios canadienses de nuestros días o de los antiguos celtas? Todas estas habilidades, experiencias e instintos artísticos, todas estas creaciones de la razón, han sido cultivados y desarrollados en el hombre en un espacio de tiempo de pocos milenios; todas estas maravillas del arte, todas estas obras gigantes de la diligencia, han salido de él. ¿Qué fué lo que le despertó a la vida, qué lo que le atrajo? ¿Por qué situaciones tuvo que pasar para saltar de este a aquel extremo? ¿Por cuáles atravesó para, de insociable habitante de las cavernas, convertirse en un ingenioso pensador. ¿Por cuáles hasta ascender a civilizado hombre de mundo? La historia universal da respuesta a estas preguntas.

Tan inconmensurablemente distinto se nos muestra el propio pueblo que ha vivido y vive aún sobre un mismo territorio, cuando lo contemplamos a lo largo de diversas épocas, como sorprendente es la diferencia que nos presenta la familia contemporánea en los diversos países. ¡Qué variedad de costumbres y usos! ¡Qué rápidas alternativas y mudanzas entre la obscuridad y la luz, entre la anarquía y el orden, entre felicidad y desdicha, nos encontramos asimismo con sólo que rebusquemos en la pequeña parte del mundo que es Europa! Libre es el hombre a orillas del Támesis, y de esta libertad es su propio deudor; indomable aquí entre sus Alpes e invencible más allá entre sus canales y pantanos. En el Vístula, miserable y exhausto a causa de sus discordias; mísero y débil allende los Pirineos a consecuencia de su sopor. Acomodado y próspero en Amsterdam, sin mendigos; indigente y desdichado en el Ebro, paraíso desaprovechado. Aquí, dos naciones alejadas y separadas por

un océano han llegado a ser vecinas por necesidad, industria y lazos políticos; allí, los habitantes que viven a entrambas orillas de un río se hallan infinitamente separados a consecuencia de liturgias diferentes. ¿Qué fué lo que llevó al poder español por sobre el océano hasta el corazón de América, antes que más allá del Tajo y del Guadiana? ¿Qué lo que mantuvo en Italia y Alemania tantos tronos, y qué lo que determinó en Francia la desaparición de tantos otros hasta no quedar sino uno? La historia universal resuelve estas cuestiones.

El hecho mismo de que nos encontremos juntos en este momento, y de que podamos encontrar reunidas aquí tales costumbres y tales ventajas ciudadanas junto con un cierto grado de cultura nacional y una cierta lengua, e incluso de que podamos sumar a todo esto aquella extensión de libertad de conciencia, es tal vez resultado de todos los acontecimientos precedentes que han tenido lugar en el mun-

do; cuando menos, sería preciso explicar toda la historia universal por medio de este motivo singular: que para que en calidad de cristianos nos encontremos juntos, tuvo la religión de Cristo que nacer del judaismo al través de innumerables revoluciones previas, y le fué preciso encontrar al Estado romano tal como lo encontró para difundirse presurosamente por el mundo, y poder finalmente llegar hasta el trono de los cesares. Nuestros rudos antepasados tuvieron primero que ser derrotados por los francos en las selvas de Turingia, para aceptar otra creencia. Por sus riquezas siempre en aumento y por la ignorancia del pueblo el clero hubo de pervertirse, y favorecido por la debilidad de los soberanos abusó de su autoridad, transformando así su suave influjo en las conciencias en una espada mundanal. Fvié preciso que la jerarquía de un Gregorio y de un Inocencio vertiera todo su horror sobre el género humano, y que la corrupción creciente y el escándalo clamoroso del despo-

tismo espiritual provocase a un denodado monje agustino a dar la señal de apostasía y a arrebatar al jerarca de Roma una media Europa, para que llegara a ser posible que como cristianos protestantes nos reuniéramos aquí. Para que esto último pudiera suceder, fué también preciso arrancar a las armas de nuestro príncipe Carlos V una paz religiosa; un Gustavo Adolfo tuvo que vengar la quiebra de esta paz, para que otra nueva y universal, de siglos, quedara establecida. Para que la industria y el comercio florecieran y la opulencia despertara las artes del deleite, para que el Estado tuviera que honrar al labrador y en la benéfica clase media (creadora de toda nuestra cultura) se pudiera ir madurando una felicidad duradera para el género humano, fué menester que las ciudades de Italia y Alemania se levantasen, abriesen sus puertas a la actividad, rompiesen las cadenas de la servidumbre, arrebatasen de las manos de los tiranos la vara de la justicia y se hicieran respetar por

medio de una liga guerrera (Hansa). Los emperadores alemanes hubieron de debilitarse tras las prolongadas luchas que sostuvieron durante siglos contra los papas, contra sus vasallos y contra sus celosos vecinos (así pudo Europa descargarse de su peligroso derroche en los sepulcros de Asia, y pudo asimismo debilitar el espíritu de rebeldía de la obstinada feudalidad —cuyas relaciones funcionaban por medio del homicida derecho del más fuerte—, gracias a las expediciones contra Roma y gracias a las cruzadas y peregrinaciones), para que a la postre se hiciera la luz, y hubiera orden en el embrollado caos, y se lograra de esta suerte que los beligerantes poderes del Estado pudieran descansar en el consagrado equilibrio; de donde nuestro tiempo presente es el premio. De la misma manera que nuestro espíritu tuvo que pugnar contra la ignorancia que lo mantuvo encadenado, hubo el germen de la sabiduría, que por mucho tiempo había sido sofocado, de luchar has-

ta brotar de nuevo bajo la presión de sus más furibundos perseguidores. Un Al Maman tuvo así que compensar a la ciencia del saqueo a que la había sometido un Ornar. La insoportable mezquindad de la barbarie hubo de incitar nuestros procedimientos jurídicos, hasta lograr pasar de las sangrientas ordalías a los tribunales judiciales; epidemias devastadoras estimularon en el arte médico el hábito de observación de la naturaleza; la ociosidad de los monjes fué preparando desde bien antiguo una compensación para el mal que la inactividad producía, y en los claustros se conservaron, hasta que llegaron los tiempos del arte de la imprenta, los restos desordenados de las actividades profanas de la edad de Augusto. El espíritu oprimido de los bárbaros hubo de educarse de acuerdo con los modelos griegos y romanos, y la sabiduría concertó una alianza con las musas y las gracias cuando se halló un camino que iba en derechura a los corazones y los hombres se hicieron dignos

de la reputación acordada a la imagen humana. Pero ¿no tuvo ciertamente Grecia un Tucídides, un Platón y un Aristóteles, y Roma no tuvo, en efecto, un Horacio, un Cicerón, un Virgilio y un Tito Livio, cuando todavía no se habían elevado a aquella altura de prosperidad política a la que realmente habían de subir. En una palabra, ¿no los tuvieron cuando su historia no había aún del todo transcurrido ? ¿ Cuántas revoluciones religiosas, cuántos inventos y« descubrimientos y cuántos estados tuvieron que concurrir para dar crecimiento y difusión a estos nuevos e incluso delicados brotes de arte y sabiduría? ¿Qué tantas guerras han tenido que hacerse y cuántas alianzas fueron rotas y luego restablecidas para traer finalmente a Europa el principio de la paz, que permite por sí solo a las naciones así como a los ciudadanos dirigir su atención sobre ellos mismos y facilita también la unión de sus fuerzas para llevar a cabo un sensato propósito?

Ni incluso en los diarios ejercicios de la vida civil podemos dejar de reconocernos deudores de las centurias idas; los más heterogéneos períodos de la humanidad rigen nuestra cultura, así como las partes más distantes del mundo contribuyen a nuestro lujo. ¿Los trajes que vestimos, las especias que utilizamos en nuestras comidas, el metal mediante el cual las adquirimos, muchos de nuestros más eficaces recursos medicinales e incluso tantos nuevos instrumentos de nuestra ruina, no presuponen a un Colón que descubrió a América, a un Vasco de Gama que dobló el cabo de Buena Esperanza? *

Una larga cadena de acontecimientos se remonta desde la ojeada presente hasta arribar a los orígenes de la humanidad, y tales sucesos se encuentran entre sí relacionados como causa y efecto. Solamente la infinita razón, a la cual los hombres han puesto límites, puede abarcarlos *entera y*

* Véase nuestra nota anterior.

completetamente con una mirada. I) Muchos de estos innumerables acontecimientos o bien no han encontrado ningún testigo humano, ningún observador que los registre, o bien no han sido conservados firmemente mediante alguna señal o indicio. Todos estos acontecimientos perdidos corresponden a los que son anteriores al propio género humano y a la invención del dibujo. La fuente de la historia es la tradición, y el órgano de la tradición es el lenguaje. Toda la época *anterior a la aparición* del lenguaje, no importa cuánta trascendencia haya también tenido para el mundo, se ha perdido para la *historia universal.* II) Más tarde, empero, el lenguaje fué inventado, se presentó la posibilidad de expresar y más adelante participar las cosas que sucedían, y comenzó así la comunicación por medio del inconsistente e inseguro camino del habla. De boca en boca se propagó este acontecimiento a lo largo de una serie de generaciones, y cuando pasó tal fenómeno al través de la Media, las

generaciones se transformaron y lo transformaron; de este modo tuvo también él que sufrir cambios. La tradición viva u oral es por consiguiente una fuente de muy poca confianza para la historia; de aquí, pues, que todos los sucesos *anteriores al uso de la escritura* se consideren igualmente perdidos para la historia universal. III) Pero la propia escritura no es eterna, el tiempo y el acaso han destruido innumerables memorias de la antigüedad, y solamente se han podido poner a salvo algunas ruinas del mundo prehistórico en los tiempos del arte de la imprenta. Con todo, la mayor parte se ha perdido para la historia universal con las explicaciones que nos han dado. IV) Finalmente, de entre los pocos restos que el tiempo ha perdonado, el mayor número ha sido deformado y vuelto incognoscible por efecto de la pasión, por causa de la *irreflexión* e incluso frecuentemente a consecuencia del *genio* de su descriptor. La desconfianza aparece y nos asalta ya frente al más viejo monumento

histórico, y no nos abandona ni siquiera ante una crónica de nuestros días. Si acerca de cualquier suceso que ha ocurrido hoy, entre hombres con los cuales convivimos y en la ciudad misma que habitamos, interrogamos a los testigos y de sus informes contradictorios tenemos que tomarnos el trabajo de adivinar la verdad, ¿qué valor podremos dar a las naciones y a las épocas, las cuales por la heterogeneidad de las costumbres más que por sus milenios están tan distantes de nosotros ? La pequeña suma de acontecimientos que, después de todo, constituye hasta ahora la partida de lo sucedido, de lo que queda atrás, es, en su más amplio sentido, la estofa de la historia. Empero *¿cuánto* y *qué* de esta histórica materia pertenece ahora a la *historia universal ?*

De la suma total de estos acontecimientos, extrae y fija la historia universal aquellos que sobre la forma *presente* del mundo y sobre la situación de la generación actual han tenido un esencial, incon-

trastable e incluso fácil y perseverante influjo. Por consiguiente reunir materiales para la historia universal es, y así es preciso verlo, establecer la *relación* que guarda el dato histórico respecto a la *situación presente* del mundo. La historia universal surge por tanto de un principio, principio que es precisamente contrario al origen del mundo. La serie real de los acontecimientos desciende desde el comienzo de las cosas a su orden más reciente; el historiador universal avanza, por el contrario, hacia arriba, desde la situación política más nueva al encuentro del origen de las cosas. Cuando desde el año y el siglo que van pasando el historiador se remonta con el pensamiento al que considera más próximo, y entre los acontecimientos que este último le ofrece presta atención a los que arrojan cierta luz sobre los sucesos precedentes, y prosigue paso a paso esta marcha hasta llegar al comienzo, no del mundo^ porque hasta allí no le lleva ningún hito, sino de los recuerdos, entonces, una vez realizado

estOj es. cuando se encuentra en condiciones de desandar el camino sin trabajo, y con la guía. que le proporcionan estos hechos determinados comienza a descender fácilmente desde dicho origen de los recuerdos hasta-¡llegar a la época más reciente. Esta es, la historia que tenemos y que os expondré.

-Como la-historia depende de la riqueza y miseria de las fuentes, cuando hay trechos: «vacíos en la tradición se originan igualmente ¡ muchos huecos en la historia universa;!. Si las mudanzas en el mundo se desarrollan y transcurren de un modo uniforme, necesario y preciso, en la historia se encuentran reunidos tales cambios de una ^manera intermitente y casual. Así puesyentre la marcha del *mundo* y la marcha »de.la *historia universal* existe evidentemente un desequilibrio perceptible. Aquélla se podría comparar con una corriente constante e ininterrumpida en la que, sin embargo, la historia universal iluminase por aquí y por allá sólo una que otra onda.

Así como puede fácilmente suceder que la conexión de un alejado acontecimiento del mundo con la situación del año en curso hiera antes la vista que la relación en que está el acontecimiento lejano respecto a los sucesos que le fueron contemporáneos o que le precedieron, así puede también ocurrir inevitablemente que los sucesos lejanos que más exactamente se relacionan con la época más reciente, en el tiempo al que ellos propiamente pertenecen aparezcan no pocas veces *aislados.* Un hecho de esta clase sería, por ejemplo, el nacimiento del cristianismo, y el de la moral cristiana especialmente. La religión de Cristo tiene en la presente situación del mundo una participación tan múltiple, que su aparición es el hecho más trascendente de la historia universal; pero ni en la época en que ella apareció ni en el pueblo en que tuvo lugar su nacimiento se encuentra, por falta de fuentes, una explicación satisfactoria sobre su advenimiento.

Siendo así, nuestra historia universal jamás llegaría tal vez a ser otra cosa sino un agregado de fragmentos, y nunca lograría merecer el nombre de ciencia. Por consiguiente viene entonces en su ayuda el espíritu filosófico, y en tanto que encadena estos fragmentos por medio de artificiosos eslabones, eleva el agregado a sistema, a una totalidad por completo racional y coherente. A tal efecto, el ánimo filosófico encuentra que la confirmación y legalización de su proceder está en la invariable unidad y regularidad de las leyes de la naturaleza y del carácter humano; que la unidad es la que hace posible que los sucesos de la antigüedad más remota se repitan en nuestros días bajo la confluencia de parecidos factores externos; de aquí, pues, que de los fenómenos más recientes que están en el círculo de nuestra observación se puedan extraer algunas conclusiones, y se pueda obtener y esparcir alguna luz sobre aquellos otros que se pierden hacia atrás en un

tiempo sin historia. El método a emplear de acuerdo con la analogía es, así en la historia como en otras disciplinas, un poderoso medio de ayuda; pero debe ser justificado por un importante propósito y puesto en práctica con tanta prudencia como juicio.

Como el espíritu filosófico no puede demorarse mucho tiempo en la *materia* de la historia universal, un nuevo impulso, que aspira a la armonía, obrará en él y le excitará irresistiblemente a asimilar para sí todo lo que encuentre en torno a su propia razonable naturaleza, y le estimulará asimismo a elevar con su pensamiento todo fenómeno que para él sea patente, a la suma consecuencia que sea capaz de discernir. Cuanto más frecuentemente y con más felices resultados reitera el experimento, vincular el pasado con el presente, tanto más se siente inclinado a enlazar como *medio y fin* lo que él percibe como *causa* y *efecto* engranados. El espíritu filosófico comienza a arrebatar un fenómeno

tras otro a la ciega contingencia de la anárquica libertad, y se dedica a soldarlos en una armoniosa totalidad (esto, naturalmente, sólo en su mente) como si fueran apropiados eslabones. Bien pronto le cuesta trabajo persuadirse de que esta serie de fenómenos (cuya regularidad así como intención admitió) desconoce estas cualidades en la realidad; nuevamente le cuesta trabajo tener que dejar, obligado por el ciego imperio de la necesidad, lo que bajo la prestada luz de la razón había empezado a ganar de una manera tan satisfactoria. Saca, pues, de sí esta armonía, y la trasplanta al orden de las cosas; a saber, proyecta un razonable designio en la marcha del mundo y un teleológico principio en la *historia universal.* Acompañado de este principio peregrina de nuevo por la historia, y lo pone a prueba ante cada fenómeno que le ofrece este gran teatro. Lo ve comprobado a través de millares de hechos decisivos, y lo ve a la par *desmentido* por otros muchos; pero considera el problema

indeciso, y hará triunfar una Opinión .que es para la razón la satisfacción máxima y para el corazón el súmum de la felicidad: que en tanto que en el orden del mundo no se disponga de suficientes ei'mpOítan-tes vínculos de relación, quedará- oculta la última explicación de muchos hechos.

En primer lugar, es de. esperarse!, que no se necesitará ciertamente ninguna advertencia para que una historia universal, concebida de acuerdo con el último plan, intente llegar hasta las épocas más remotas. Pero un precipitado empleo de .esta gran masa podría llevar con facilidad, al historiador a la tentación de. forzar, los acontecimientos y alejar esta feliz, época siempre tanto más allá de la historia universal cuanto más quiere acercarla* Tampoco puede dirigirse prematuramente la atención sobre este otro luminoso y no obstante descuidado aspecto de-, la historia universal, por medio del cual se entra en relación con el objeto supremo de todas las aspiraciones humanas. La tranquila mira-

da sobre este posible objetivo debe no sólo procurar un vivificante acicate a la actividad del investigador, sino también proporcionarle un dulce deleite. Para él será importante asimismo el menor esfuerzo (ya sea que él vigile el camino, ya que guíe a su sucesor) que se haga para resolver el problema del orden mundial y para encontrar al más elevado espíritu en su más hermosa acción.

Y de este modo, mis honorables señores, el estudio de la historia universal os proporcionará indudablemente una ocupación tan atractiva cuanto útil. En vuestra razón brillará la luz y en vuestros corazones prenderá un entusiasmo bienhechor. El estudio de la historia desterrará de vuestro espíritu la común y mezquina idea del hecho moral, y en ese momento desplegará ante vuestros ojos el gran cuadro de los tiempos y de los pueblos; corregirá las precipitadas decisiones del momento y los limitados juicios del egoísmo. Así como por medio del estudio de la historia se acos-

tumbra a los hombres a resumir todo el pasado y a adelantarse al lejano porvenir en las conclusiones, así también tal estudio oculta los límites de nacimiento y mortaja que ciñen tan apretadamente la vida del hombre, pues despliega óptica y engañosamente su breve existir en un infinito espacio, y lleva inadvertidamente al individuo más allá de la especie.

El hombre se transforma y huye del teatro histórico; sus opiniones escapan y cambian con él: solitaria, la historia permanece sin cesar sobre la escena, ciudadana inmortal de todas las naciones y de todas las épocas. Como el Zeus homérico, deja igualmente caer su serena mirada sobre las sangrientas obras de la guerra como sobre los pueblos pacíficos que se sustentan inocentemente con la leche de sus ganados. No importa cuan irregularmente parezca intercalarse la libertad del hombre en el curso del mundo, pues ella contempla tranquilamente el embrollado juego, y su amplia mirada descubre ya desde lejos

hacia dónde enfila esta desordenada y vagabunda libertad, sierva de la necesidad. Lo que oculta la reprensiva conciencia de un Gregorio y de un Cromwell, se apresura la historia a ofrecerlo a la humanidad: *"que el egoísta hombre puede ciertamente perseguir viles propósitos, pero que favorece involuntariamente excelentes designios."*

Ninguna falsa apariencia la deslumhrará, ningún prejuicio del tiempo se apoderará de ella. Todo lo que principia y acaba, todo ha subsistido para ella brevemente: guarda fresca la benemérita guirnalda de olivas y quiebra los obeliscos erigidos a la vanidad. Así como la historia nos muestra el fino mecanismo con que la silenciosa mano de la naturaleza desarrolla plenamente las fuerzas del hombre ya desde el comienzo del mundo, y nos indica con precisión lo que en cada espacio de tiempo ha sido ganado por este gran plan de la naturaleza, así también restablece la verdadera medida para la felicidad y para el mérito,

a los cuales falsearía de otro modo la opinión dominante en cada centuria. Nos cura la historia de la exagerada admiración por la antigüedad y de la infantil añoranza por los tiempos idos; y mientras nos vuelve atentos a nuestro propio patrimonio, nos hace asimismo no echar de menos las celebradas edades áureas de Alejandro y de Augusto.

Para producir nuestro humano siglo se han esforzado —sin saberlo— todos los precedentes. Nuestros son todos los tesoros de actividad, de genio, de razón y de experiencia que han acompañado perseverantemente la larga edad del mundo. Únicamente por la historia aprenderéis a estimar estos bienes cuya posesión y empleo tanto despiertan nuestra gratitud: ¡costosos, caros bienes que con la sangre de los mejores y más nobles han sido pagados, y que al través de las arduas tareas de tantas generaciones han debido ser conseguidos! ¿Y quién de entre vosotros, en el que un claro espíritu esté aunado a un sensible

corazón, podrá traer a la memoria este elevado empeño sin que le mueva un profundo anhelo: pagar a las generaciones venideras la deuda que ya no se puede satisfacer a las pasadas ? Un noble deseo debe hacernos ruborizar ante el opimo legado de verdad, de moral y de libertad que recibimos de nuestros mayores, y que acrecentado tenemos que devolver a las generaciones futuras; asimismo debemos imponernos una contribución a este acervo, de acuerdo con nuestros medios, y en esta imperecedera cadena constituida por todo el género humano, afirmar así nuestra fugaz existencia. De qué manera y cómo será diferente la sociedad futura que os aguarda, dependerá tal vez, en parte, de vosotros. Para todo mérito hay un camino abierto hacia la inmortalidad, a la auténtica inmortalidad, creo yo, donde la hazaña subsiste y vuela más lejos, aunque el nombre de su autor pueda quedarse a la zaga.

EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA,
BAJO LA DIRECCIÓN DE FRANCISCO
GONZÁLEZ GUERRERO, SE TERMINÓ
LA IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO
EL DÍA 8 DE JUNIO DE 1956.
SE HICIERON 1,500 EJEMPLARES.